

El valor de las dificultades

Lo difícil acerca a Dios

José Carlos Marín de la Hoz

Primera edición: marzo de 2014

© Cobel

ISBN: 9xxxxxxxxxxxxxxxxxxx
cobel@cobel.es

www.cobelediciones.com

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

INDICE

| | |
|---|-----|
| Introducción..... | 7 |
| 1. El Pastor de Hermas y la decadencia..... | 13 |
| 2. Boecio y la consolación de Dios..... | 25 |
| 3. San Agustín y la búsqueda de la Verdad..... | 37 |
| 4. Santa Hildegarda y los obstáculos..... | 49 |
| 5. El maestro Eckhart y la divulgación..... | 63 |
| 6. El “fracaso” de Ramón Llull..... | 73 |
| 7. El escándalo de los Borgia..... | 85 |
| 8. Fray Hernando de Talavera y las prisas..... | 97 |
| 9. La “exageración” de Bartolomé de Las Casas..... | 109 |
| 10. Los “enemigos” de Fray Luis de León..... | 121 |
| 11. Los cólicos de San Juan de Ávila..... | 133 |
| 12. El realismo pastoral de San Juan de Ribera..... | 145 |
| 13. El Terremoto Lisboa..... | 157 |
| 14. Del deísmo al ateísmo..... | 169 |
| 15. Los sufrimientos de Santa Teresa de Lisieux..... | 181 |
| 16. ¿Se puede creer después de Auschwitz?..... | 193 |
| 17. el Padre Pío y los suyos..... | 205 |
| 18. Beata Teresa de Calcuta y la prueba de la fe..... | 217 |
| 19. Pablo VI y el Concilio Vaticano II..... | 229 |
| 20. Regalos de Dios..... | 241 |
| Conclusiones..... | 253 |
| Bibliografía..... | 257 |

INTRODUCCIÓN

La llamada universal a la santidad proclamada por el Concilio Vaticano II y recogida en abundantes textos conciliares, ha de ponerse en consonancia con las palabras recogidas en la última parte del Catecismo de la Iglesia Católica, donde el Magisterio ordinario de la Iglesia recordaba la llamada universal a la vida de oración. Estamos, por tanto, ante el reto que Juan Pablo II proponía para la Iglesia del tercer milenio: “el desarrollo de una verdadera pastoral de la santidad” (Juan Pablo II, 2001, n.31).

La santidad entendida como maduración de la vida cristiana y, por tanto plenitud de la misma, no es posible alcanzarla sin la ayuda de la gracia de Dios. Pero tampoco se accede a la plenitud del amor sin la colaboración humana. Como afirmaba San Agustín, “Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti”.

Precisamente en la vida de oración es donde se anudan las dos cuestiones planteadas: la llamada a la santidad y la realidad de las dificultades que todos los hombres encontramos para desarrollar, con la gracia de Dios esa llamada. Como decía el libro de la Sabiduría: “igual que el oro se acrisola en el fuego, el hombre se

acrisola en la tribulación” (Sab 2,5). Precisamente en las contrariedades interiores y en los golpes de la vida, encontramos los hombres parte importante del camino de la santificación. Como dejó dicho San Pablo y está recogido en los Hechos de los Apóstoles: *“Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei”* (Act 14,21): A través de muchas dificultades nos conviene entrar en el reino de Dios.

Esas dificultades que encontramos en el camino de la santidad pueden provenir de nuestro propio interior, pues aunque estemos redimidos por Cristo del pecado original, se conservan las heridas del mismo: la ignorancia en la inteligencia, la malicia en la voluntad, la debilidad en el apetito irascible y en el concupiscible.

También los obstáculos pueden proceder del exterior, no sólo por las persecuciones, sino también por los malentendidos, insidias, envidias, mal uso de la libertad de los demás, animadversiones y maledicencias.

Pero no debemos olvidar que junto a las dificultades que Dios permite, también nos llegan los gozos y la gracia de Dios. Así lo resumía Juan Pablo II al meditar la escena de la muerte de Jesús en la cruz: “El grito de Jesús en la cruz, queridos hermanos y hermanas, no delata la angustia de un desesperado, sino la oración del Hijo que ofrece su vida al Padre en el amor para la salvación de todos. Mientras se identifica con nuestro pecado, «abandonado» por el Padre, él se «abandona» en las manos del Padre. Fija sus ojos en el Padre. Precisamente por el conocimiento y la experiencia que sólo él tiene de Dios, incluso en este momento de oscuridad ve límpidamente la gravedad del pecado y sufre por esto. Sólo él, que ve al Padre y lo goza plenamente, valora profundamente qué significa resistir con el pecado a su amor. Antes aun, y mucho más que en el cuerpo, su pasión es sufrimien-

to atroz del alma. La tradición teológica no ha evitado preguntarse cómo Jesús pudiera vivir a la vez la unión profunda con el Padre, fuente naturalmente de alegría y felicidad, y la agonía hasta el grito de abandono. La copresencia de estas dos dimensiones aparentemente inconciliables está arraigada realmente en la profundidad insondable de la unión hipostática” (Juan Pablo II, 2001: n.6).

Seguidamente, en el mismo comentario, Juan Pablo II recordaba cómo también los santos, han experimentado esa mezcla de dolor y de gozo: “Ante este misterio, además de la investigación teológica, podemos encontrar una ayuda eficaz en aquel patrimonio que es la «teología vivida» de los Santos. Ellos nos ofrecen unas indicaciones preciosas que permiten acoger más fácilmente la intuición de la fe, y esto gracias a las luces particulares que algunos de ellos han recibido del Espíritu Santo, o incluso a través de la experiencia que ellos mismos han hecho de los terribles estados de prueba que la tradición mística describe como «noche oscura». Muchas veces los Santos han vivido algo semejante a la experiencia de Jesús en la cruz en la paradójica confluencia de felicidad y dolor. (...). Por otra parte, la misma narración de los evangelistas da lugar a esta percepción eclesial de la conciencia de Cristo cuando recuerda que, aun en su profundo dolor, él muere implorando el perdón para sus verdugos (cfr. *Lc 23,34*) y expresando al Padre su extremo abandono filial: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» (*Lc 23,46*)” (Juan Pablo II, 2001: n.27).

El camino hacia la santidad no suele ser siempre lineal; a veces parece que se avanza y otras veces parece que se retrocede. Lo importante, por tanto, en una obra sobrenatural es lo que hace Dios, pues siempre es abundante la gracia, pero también es importante la oración

viva del cristiano para reaccionar ante las dificultades y responder con más amor de Dios.

Es más, las dificultades e incomprendiones, fracasos, etc., nos ayudan a purificar la intención, madurar y a profundizar en el camino del ejercicio de las virtudes y en la armonía de las mismas. En el camino de la santidad, las almas experimentan muchas veces lo difícil que es entender a Dios, por lo que lo mejor siempre es fiarse de Él, pues sólo Dios sabe lo que nos conviene.

Ante las dificultades hay que concluir una veces que Dios lo quiere, otras que Dios lo permite, y, en cualquier caso que todo es para bien, puesto que esos problemas activan la lucha y apoyándose en la gracia de Dios llevan a incrementar una virtud o apartar más decididamente un defecto.

De ahí la importancia de la dirección espiritual que unida con las inspiraciones del Espíritu Santo pueden ir orientando el camino hacia la plena identificación del alma con Jesucristo. Como afirmaba San Josemaría en Camino: “Madera de santo. -Eso dicen de algunas gentes: que tienen madera de santos. -Aparte de que los santos no han sido de madera, tener madera no basta. Se precisa mucha obediencia al Director y mucha docilidad a la gracia. -Porque, si no se deja a la gracia de Dios y al Director que hagan su obra, jamás aparecerá la escultura, imagen de Jesús, en que se convierte el hombre santo. Y la «madera de santo», de que venimos hablando, no pasará de ser un leño informe, sin labrar, para el fuego... ¡para un buen fuego si era buena madera!” (Escrivá, 1997: n.56).

Junto con la dirección espiritual, necesitamos estudiar, leer y profundizar en la Sagrada Escritura, la Tradición, la doctrina de la Iglesia, la vida de los santos y, por supuesto, en el conocimiento propio. Como decía

Newman, en aguas poco profundas todo está muy claro, según se entra en el agua ya no se ve el fondo.

La solución de los problemas, como veremos a lo largo de estas páginas, es siempre rezar y preguntar, primero en la oración y luego en la dirección espiritual para ser dóciles a la acción del Espíritu Santo. Es inútil esquivar los golpes de la vida, cuando hay una lección que aprender, o quedarse bloqueados ante la dificultad.

Al comienzo de este nuevo milenio que estamos entrenando, Juan Pablo II escribió unas palabras llenas de vigor y de profunda esperanza, acerca de la llamada universal a la santidad: “Preguntar a un catecúmeno «¿quieres recibir el Bautismo?», significa al mismo tiempo preguntarle, «¿quieres ser santo?». Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial (*Mt* 5, 48)»” (Juan Pablo II, 2001: n.2). La llamada a la santidad implica un enorme grado de confianza de Dios en el hombre. La llamada a la santidad es una promesa de santidad.

Dios conoce las dimensiones de nuestra debilidad, por tanto, su llamada perenne a la santidad implica perdonar nuestros pecados, olvidarnos y volver a confiar en la acción de su gracia en nuestras almas y en la respuesta a sus invitaciones al desarrollo del amor de Dios en nosotros. San Josemaría respondía a un periodista que le interrogaba acerca del criterio con el que media las cosas con esta gráfica expresión: “La respuesta es muy sencilla: santidad, frutos de santidad” (Josemaría Escrivá, 2012: n. 31).

Esta es la normalidad de los planes de Dios. Vivir de amor, vivir para el amor. Eso implica confiar en Dios, en los demás, en uno mismo. Los fracasos o errores no deben defraudar la confianza. Partimos del pecado origi-

nal y de sus restos, pero también de la capacidad de rectificar de rehacernos, de aprender de nuestros errores.

En ese sentido, es primordial la rectitud de intención. Vale la pena recordar una vieja definición: el fin último es aquel que se quiere de modo absoluto y en razón del cual se quiere todo lo demás. “Cuando una empresa es sobrenatural, importan poco el éxito o el fracaso tal como suelen entenderse de ordinario. Ya decía San Pablo a los cristianos de Corinto, que en la vida espiritual lo que interesa no es el juicio de los demás, ni nuestro propio juicio, sino el de Dios” (Ibidem).

Deseamos presentar en este trabajo algunas de las dificultades con las que se enfrenta un cristiano a lo largo de su vida, las veremos en personajes concretos a lo largo de la historia, para que no nos asombremos de nada de lo que pueda sucedernos. Dificultades interiores o exteriores, fáciles o difíciles, grandes o pequeñas: fracasos, incomprendiones, oscuridades y luces.

Veremos cómo otros cristianos, aceptaron esas dificultades y las resolvieron y eso nos ayudará a no arredrarnos ante ellas y a confiar, como ellos, siempre en la gracia de Dios que nos acompaña a lo largo de la vida. No olvidemos que junto a la dificultad, Dios nos envía su gracia y, sobre todo, nos envía al Espíritu Santo y a su Madre Bendita.

José Carlos Martín de la Hoz
Madrid 9 de enero de 2014

I EL PASTOR DE HERMAS Y LA DECADENCIA

El cristianismo es vida y se transmite con la vida. Como ha afirmado recientemente el Papa Francisco: “lo que se comunica en la Iglesia, lo que se transmite en su Tradición viva, es la luz nueva, que nace del encuentro con el Dios vivo, una luz que toca la persona en su centro, en el corazón, implicando su mente, su voluntad y su afectividad, abriéndose a relaciones vivas en la comunión con Dios y con los otros” (Papa Francisco, 2013: n.40). La vida de los primeros cristianos por la virtualidad de la Palabra de Dios y la plenitud de la respuesta de aquellos hombres, se transmitió con tal fuerza y vivacidad que, a los pocos años, ya podían afirmar con un gozo inmenso: “Somos de ayer y lo llenamos todo”.

Con el paso del tiempo, por la rutina de la vida, por la falta de profundización, por la superficialidad de la oración y, en definitiva, por las debilidades humanas, terminó por decaer en el alma de algunos de ellos. En ese sentido, las persecuciones a las que fueron sometidos los primeros cristianos, tuvieron el efecto benéfico de rejuvenecer su amor y su vida espiritual.

Es importante resaltar que el cristianismo como camino de amor, y respuesta al amor de Dios, está sometido

do a las reglas del amor, es decir, o crece y se desarrolla con constantes actos de amor y de donación, o corre el peligro de enfriarse.

En ese marco queremos leer y meditar uno de los escritos redactados por la literatura patrística del siglo II, y que se encuentra entre los llamados Padres Apostólicos, es decir los escritos que se redactan al calor de la primitiva comunidad cristiana todavía en contacto con la predicación y la vida de los Apóstoles. Nos referimos al Pastor de Hermas. En él se trata de la reforma de la vida de los primeros cristianos y, por tanto, de la Iglesia entendida como comunidad cristiana.

Así pues, la Iglesia siempre necesitada de reforma, será un cuestión transversal desde entonces en la predicación de los pastores de la Iglesia hasta el día de hoy. Por ejemplo, el Profesor Rodríguez en su trabajo sobre la Encíclica *Ecclesiam Suam* del Santo Padre Pablo VI, señalaba lo siguiente: “La reforma de la Iglesia. He aquí un viejo tema de reflexión cristiana, tan antiguo como la Iglesia misma. Podría decirse que es algo constitutivo de la vida eclesial. Y es que la tensión connatural de la Iglesia es radicalmente su propia reforma, es decir el esfuerzo constante y siempre inacabado para que sus formas históricas correspondan a la forma divina. «Este es –dice Pablo VI– el gran problema moral que domina la vida entera de la Iglesia» (*Ecclesiam Suam*, n.14). Es pues, perfectamente católico, el axioma *Ecclesia semper reformanda*” (Rodríguez, 2007: 26).

La Iglesia y los cristianos siempre estamos en tiempos conversión y de mejora, pues siempre estaremos sujetos de la enfermedad de la decadencia. Una dificultad, quizás la más básica, que debemos afrontar en este trabajo.

1. La primera evangelización

Aquella primera generación de los discípulos de Jesús, pusieron en marcha el mandato imperativo de Cristo el día de su Ascensión: “Id y predicad a todas las gentes” (Mt 28, 19-20), anunciando lo que habían visto y oído (cfr. 1 Io 1,3). Hay, por tanto, una perfecta continuidad entre la misión de Jesús y la de sus apóstoles, tanto en los contenidos como en la intensa relación personal que supieron crear pues de ese modo las comunidades cristianas que fundaron, se asemejaban a la primera comunidad de Jesús con los doce.

Es el propio Jesús, como nos narra el Evangelio de San Lucas, el que envió a sus discípulos a predicar durante su vida terrena. Las características de ese primer envío serán constantes a todos los sucesivos envíos hasta el día de hoy, cuando la Iglesia sigue impulsando la Nueva evangelización del mundo contemporáneo, y se podrían resumir con las propias palabras del Maestro: “Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve” (Lc 22,27) y, por eso, siempre estará lleno de comprensión, acogida y perdón.

Después del día de Pentecostés, los apóstoles y todos los que habían vivido con Jesús, aunque fuera ocasionalmente, se convirtieron en transmisores de su vida y de su doctrina, como lo narraba los *Hechos de los Apóstoles*: “En aquel día hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, salvo los apóstoles. Y hombres piadosos llevaron a enterrar a Esteban, e hicieron gran llanto sobre él” (Act 8, 1-2).

Además, se añadieron otros muchos que después de viajar a Jerusalén se encontraron con los discípulos de Jesús y, convertidos, llevaron la fe a Roma, Antioquia,

al mundo entero: “Su contribución a la primera evangelización fue decisiva, pues gracias a su conexión con diversas redes sociales el evangelio llegó a contextos y ambientes muy diversos” (Guijarro, 2013: 202).

Una de las características de la primera evangelización que podemos descubrir en las Cartas de San Pablo, en los Hechos de los Apóstoles y en los escritos de sus discípulos, es la alegría y el afecto, es decir la caridad que contagiaban. Hay una verdadera y real corriente de afecto, marcada por la caridad y por una cierta paternidad espiritual: “como un padre a sus hijos” (1 Tes 2,11), o “como una madre que cuida de sus hijos” (1 Tes 2,7).

La primera evangelización podría resumirse con los siguientes elementos: anuncio del Evangelio, exposición detallada de la revelación entregada por Jesucristo, la incorporación a la Iglesia mediante el bautismo, la formación a través de los sacramentos y la llamada a la santidad.

2. La necesidad de la conversión

Como decíamos al comienzo de este capítulo, en el siglo segundo se difundió entre los cristianos un largo escrito redactado por Hermas con el nombre del *Pastor* en el que se referían cinco visiones, dos mandatos y diez parábolas, encuadradas en un trabajo que será conocido con el nombre del “El Pastor de Hermas”. Por las citas internas y el tono parece situarse alrededor de los años 130 y 140.

La obra es una exhortación al arrepentimiento y a la penitencia por la falta de coherencia y radicalidad cristiana. En definitiva, la decadencia que, como hemos dicho, acecha a cualquier tarea de amor y, en este caso,

al camino cristiano, que es correspondencia al amor de Dios y, como subrayará el Pastor, al inmenso don de la fe que hemos recibido en el bautismo.

La decadencia es pues una expresión recurrente a lo largo de la historia, pues una cosa es convertirse y otra cambiar de vida. Así el perdón de los pecados que llegaba con el bautismo y el nacimiento a una vida nueva, requeriría la confesión de nuestros pecados y el arrepentimiento como segunda tabla de salvación. Así lo decía Hermas: “los que albergan malos propósitos en sus corazones, se acarrearán la muerte y la cautividad, especialmente los que reclaman para sí mismos este mundo presente, y se jactan de sus riquezas, y no se adhieren a las cosas buenas que han de venir. Sus almas lo lamentarán, siendo así que no tienen esperanza, sino que se han abandonado a sí mismos y su vida. Pero ora a Dios, y Él sanará tus pecados, y los de toda tu casa, y de todos los santos” (Hermas, 1992: 1, 1).

La Iglesia aparece a lo largo del tratado como la esposa de Cristo, la roca y la puerta de salvación. Precisamente el poder de perdonar los pecados que Cristo entregó a su Iglesia quedaba así manifestado. También aparece señalado el trasfondo de las recientes polémicas con los primeros rigoristas que exigían duras penitencias públicas para los pecadores antes de ser reconciliados con Dios y con la Iglesia.

Asimismo, en el Pastor de Hermas hay referencias constantes al tema de los dos caminos que siguiendo el patrón del tardo judaísmo marcaba las sendas de la salvación y la de la perdición (cfr. Hermas, 1992: 35,5). En ese mismo sentido, afirmaba otro texto contemporáneo, el Pseudo Bernabé, cuando al tratar de los dos caminos decía: “Bueno es aprender las justificaciones del

Señor que han sido escritas y caminar en ellas. Porque el que las cumple será glorificado en el reino de Dios: el que elige otras, perecerá con sus obras. Por eso hay resurrección, por eso retribución” (Pseudo Bernabé, 1992: 21,1). Y, lo mismo, concluía el Papa Clemente a finales del siglo I: “Amados, este es el camino en que hemos encontrado nuestra salvación. Jesucristo, el sumo sacerdote de nuestras ofrendas, el protector y el socorro de nuestra debilidad” (Clemente, 1992: I, 36,1).

La absolución de los pecados se llamará en la literatura patrística la segunda tabla de salvación y será una cuestión recurrente también en el Pastor de Hermas (cfr. Hermas, 1992: II, 2, 4-5).

Lo que nos interesa resaltar ahora es que la decadencia existió, pues los primeros cristianos, como los apóstoles, estuvieron sometidos a las debilidades humanas. Debían creer firmemente en Jesucristo y practicar con asiduidad su trato y su amor, pero también debían aprender a ser humildes para pedir la ayuda a Dios y recomenzar en el camino. Así lo resumía el Pastor de Hermas: “Revístete, en cambio, de la santidad, en la que no hay tropiezo malo, sino que todo es llano y alegre. Obra el bien; y del fruto de tus trabajos que Dios te da, da con sencillez a todos los necesitados, sin titubear a quién darás y a quién no. Da a todos, pues a todos quiere el Señor que se dé de sus propios dones” (Hermas, 1992: II, 27,4).

Pero no bastaba, por tanto, con una firme decisión de recibir el bautismo, también era necesario frecuentar los demás sacramentos y, en especial, la eucaristía y la confesión y, sobre todo, la frecuencia de la oración para que el amor no decayera. De ahí que también el siglo II otro de los grandes escritos, *la Doctrina de los doce Apóstoles*, también denominada *la Didajé*, afirmara: “Reuniéndoos cada día del Señor, fraccionar el pan y

dad gracias, después de haber confesado vuestros pecados, para que sea puro vuestro sacrificio” (Didajé, 1992: 14,1). Lo mismo decía San Justino, también en el siglo II: “Y este alimento se llama entre nosotros Eucaristía de la que a nadie le es lícito participar, sino al que cree ser verdadera nuestras enseñanzas y se ha lavado en el baño que da la remisión de los pecados y la regeneración y vive conforme a lo que Cristo nos enseñó” (Justino, 1997: I, 66).

3. La decadencia

Con la libertad concedida a la Iglesia desde el 313 por el Emperador Constantino fueron muchos los que pidieron ser bautizados y se produjo una caída de tensión en el nivel espiritual. Es un hecho constatado que de una Iglesia periódicamente perseguida, pero constantemente purificada por la prueba cruel del martirio, se pasó a una Iglesia masificada.

El Espíritu Santo no abandonó a su Iglesia y la santidad martirial dio paso a la santidad de los confesores que buscaban la santidad en el mundo, a las vírgenes consagradas a Dios también en el mundo y al fenómeno del monacato, cuando miles de hombres se lanzaron a vivir en el desierto y constituyeron modelos de desprendimiento radical para quienes quedándose en el mundo buscaban como ellos la santidad cristiana.

Por otra parte, al cesar las persecuciones, por la paz de Constantino (313), la Iglesia recibió miles de fieles en poco tiempo. Eso hizo que, en algunos lugares, como ya hemos dicho, se perdiera fuerza espiritual en la transmisión del mensaje y profundidad en la catequesis. Esta caída de tensión espiritual, no era nueva en la vida de la Iglesia, pues ya en el siglo III en Alejandría, la ana-

lizaba Orígenes con toda claridad: “en aquél entonces había pocos creyentes, pero eran creyentes verdaderos, que seguían el camino estrecho que conduce a la vida. Ahora son muchos, pero como los elegidos son pocos, pocos son los dignos de elección y de la bienaventuranza” (Orígenes, 2001: V, 51).

Por otra parte el siglo III fue un periodo de crímenes y de corrupción moral, con gran burocracia, tiranía-decadencia del Imperio- y, frente a ello, el recuerdo de la primitiva comunidad de Jerusalén de la que atraía su fe inquebrantable y su santidad de vida. Con el paso de los años empezó a hablarse de la necesidad de una vuelta a los orígenes, de la necesidad de una Iglesia santa. Esta sería una de las raíces del auge del monaquismo.

Sí pues, desde Constantino (+337) y, salvo el periodo de Juliano el Apóstata (361-363), los emperadores favorecieron a la Iglesia, frente a las persecuciones acaecidas en siglos anteriores. Incluso se dieron leyes en protección de los monjes. Lo que favorecería el auge monacal.

Ante la abrumadora cifra de miles de cristianos que siguieron el camino del desierto, se han levantado dudas acerca de la veracidad de esas vocaciones y si pudieron influir en ellas causas económicas, huida de responsabilidades y problemas. Es claro que el tiempo y el rigor de esa vida nueva, lejos de toda comodidad, pondría a prueba prontamente esas vocaciones y que sólo los que contaron con la gracia de Dios, y correspondieron a ella perseveraron. En cualquier caso, ese carisma del Espíritu Santo se consolidó y sus frutos han sido abundantes hasta el día de hoy.

Además, conviene resaltar que los primeros monjes no tenían sensación de ser especiales, ni mejores que los cristianos que se quedaban en el mundo: seguían la

llamada de Dios para apartarse del mundo, como cualquier cristiano debe seguir los requerimientos concretos de Dios, para ser santo.

Así cuenta Rufino, en su *Historia monachorum in Aegypto*, escrita a finales del siglo IV, que el abad Pafnucio pidió a Dios saber a qué grado de santidad había llegado y Dios le respondió en tres ocasiones diferentes que el mismo que un músico del pueblo, que el alcalde y que un negociante, y concluye con una lección de humildad: “No hay ningún estado de vida en el que no se puedan encontrar almas fieles a Dios, y que hacen en secreto lo que a Él le agrada” (Rufino, PL 21, 435).

Por eso, en realidad, no había dos vocaciones distintas, sino una única llamada de Dios a la santidad, tanto para los que se apartaban del mundo, como para los que se quedaban en él. Aunque, desde entonces, como comentaba Pablo Maroto: “un grave riesgo amenazaba la espiritualidad cristiana: considerar a los monjes -y sólo a ellos- constituidos en un estado de perfección” (Maroto: 2000: 37).

Así pues, el primer problema para el cristiano, desde la antigüedad, estaba en la decadencia. Como se puede observar no sólo los hombres entran en decadencia si no renuevan su afán de santidad con la oración y los sacramentos, también las sociedades que pierden vigor en sus raíces cristianas pueden, pasado el tiempo, perder vigor y entrar en decadencia.

De ahí que la santidad sea siempre el motor personal y social, pues como ha recordado el Papa Benedicto XVI, donde hay campeones de la vida cristiana, es decir hombres y mujeres santos, se produce un sano contagio y donde hay santos, surgen nuevos santos.

También, desde la antigüedad los pensadores interpretaron el devenir de las civilizaciones y su historia,

como tendente a la decadencia. Tertuliano y otros autores de los primeros siglos de nuestra era, recogieron ese concepto pesimista clásico y le dieron la forma de las etapas de la vida: nacimiento, desarrollo y muerte.

San Cipriano, ya en el siglo III, estimaba que esa decadencia de las civilizaciones era normal y que sucedería hasta el final de los tiempos. También, añadía, le sucederá a la Iglesia, en cuanto compuesta por hombres y, por tanto, estará necesitada de santos que la renueven constantemente.

El concepto cristiano de la historia muestra como la luz del Evangelio, por una parte sustentaba la vida de los hombres estén en la fase que estén, y, por otra, que Dios provee también en cada etapa de la historia de un grupo de cristianos santos que devuelvan la esperanza y hagan surgir una nueva cultura. Benedicto XVI resaltaba en su libro sobre Jesús de Nazaret: “El bautismo de Jesús se entiende así como compendio de toda la historia, en el que se retoma el pasado y se anticipa el futuro: el ingreso en los pecados de los demás es el descenso al infierno, no sólo como espectador, como ocurre en Dante, sino co-padeciendo y con un sufrimiento transformador, convirtiendo los infiernos, abriendo y derribando las puertas del abismo” (Benedicto XVI, 2007: 42).

Es interesante recordar las diversas reacciones ante la entrada de Alarico en Roma en el año 413, que marcó el comienzo del final del Imperio Romano. Un imperio y una cultura que parecían eternas, pero que acabaron en la decadencia. En esas fechas, San Jerónimo escribió su libro de *Viris illustribus*, pues pensaba que todo había terminado y que convenía, por tanto, dejar memoria de los hombres ilustres que construyeron el mundo. En cambio, San Agustín, contemporáneamente, escribió en el *De Civitate Dei*, que la caída del Imperio Romano ha-

bía acaecido por los pecados de los hombres, para que quedara claro que la Iglesia no estaba vinculada a ninguna civilización y, finalmente, para mostrar la necesidad de que la fe cristiana vivificara todas las culturas. De hecho, la civilización occidental nació de la transformación de los nuevos pueblos invasores, con el derecho romano, la filosofía griega y el Evangelio.

Así pues, las sociedades, como los hombres, nacen, se desarrollan y terminan decayendo hasta la muerte. Pero, a unas culturas les suceden otras como a los hombres otros.

Terminaremos con las palabras del Pastor de Hermas en su tercera visión: “has de entender primero, y te encargo, Hermas, con las palabras que voy a decirte (a ti te encargo) di todas estas cosas a los oídos de los santos, para que las oigan y las hagan y puedan ser purificados de sus maldades, y tú mismo con ellos” (Hermas, 1992: 3, 8).